

TEOGNIS

(Conclusión)

Queda la patria. La opinión general es que Teognis era de Megara Atica y no de Megara Hiblea, en Sicilia. Suidas le hace de Megara Hiblea, lo que no tendría gran valor, a no ser que se apoya en el testimonio de Platón, quien llama a Teognis ciudadano de Megara Hiblea, en Sicilia. Para debilitar el testimonio de Platón, ya los antiguos proponían la hipótesis de que éste entendiése decir *ciudadano honorífico*, esto es, que Teognis había nacido en Megara Atica, siéndole después conferida, en un viaje a Sicilia, la ciudadanía de Megara Hiblea.

Pero antes se ha dicho que no aceptamos estos esfuerzos, con los cuales se puede demostrar todo.

Un argumento en favor de Megara Atica, sería la invocación a Artemis:

«Artemis cazadora, hija de Zeus, que Agamenón dejó aquí levantada cuando navegaba camino de Troya».

Sabemos de un templo de Artemis en Megara Atica, que se decía edificado por Agamenón, cuando, yendo a Troya, pasó por Megara en busca del divino Calcas (*Pausanias*).

Ya dije que empieza la síloge por cuatro invocaciones, y que, por tanto, las tres primeras no andan exentas de toda sospecha. La invocación a Artemis es la tercera. El caso es que Aristóteles cita estos versos de Teognis.

Hay en Aristóteles varias citaciones de Teognis, y algunas de versos que se encuentran en trozos que carecen del sello. Mas estas citas sólo pueden servir para demostrar que Aristóteles citaba sacando sus versos de una siloge como la actual. Sin embargo, no quiero decir que esta citación no tenga valor. Valor escaso, se entiende, contra una afirmación tan explícita como la de Platón.

Las demás indicaciones, ninguna cae en trozos *sellados*.

Otro argumento favorable a Megara Hiblea, es que el mismo Teognis se llama *megarensis*, y megarensis, sin más, para un griego quería decir: «de Megara Atica». Por lo menos así parece. Verdad en que, tratándose de versos, cómo pudiera introducir la distinción, no es fácil de imaginar.

No daremos gran peso a este argumento. En cuanto a los restantes autores que, como Ateneo, le llaman megarensis a secas, haremos notar que si no añadían la determinación de *niseo o hibleo*, es precisamente porque se disputaba.

La gran prueba sería la coincidencia de la historia de Megara Nisea con las elegías. Esta coincidencia, donde la hay, es debida a que en la suposición de que Teognis era de Megara Nisea, sacóse de sus poesías la historia de esta ciudad. Y por demás extraña que un megarensis, de Megara Atica, no haga jamás alusión a Teágenes, el célebre tirano, con tanto hablar de discordias y revoluciones y amenazas de tiranía. Todo examinado, pues, la tesis que vuelve a sostener Beloch, de que Teognis era de Megara Hiblea, no parece absurda. Si aceptamos lo que él demuestra, o sea, que el tirano Teágenes reinaba aún en Megara en 544, entonces no sólo su tesis es muy verisímil, sino cierta.

Se ha visto que no hay nada en la siloge ni en contra de la edad que asignan a Teognis los antiguos, ni en favor o en contra de su origen, bien de una, bien de otra Megara.

La invocación a Artemis puede contarse, igualmente, entre los trozos añadidos, y que Teognis transcribe de memoria. La cita de Aristóteles demuestra que estaba ya donde está, no que fuera de Teognis.

La siloge que tenemos no se remonta a Teognis, pero su

obra, en principio, fué también una siloge. En ella, carácter de sentencias morales tenían los versos que el poeta aprendió, cuando muchacho, de memoria, y que en la misma forma ofrecía a Cirno. En cuanto a los compuestos por él y que llevan como sello el nombre de Cirno, fin didáctico tienen, pero Teognis no lo declara. Todo resulta de la traducción misma de estos versos, si se hace sin prevenciones.

En cuanto a la elegía dirigida a los siracusanos salvados del sitio, es una equivocación de Suidas, no existiendo en la historia recuerdo de un sitio de Siracusa, al que pueda convenir tal indicación, Suidas, por lo común, copiaba las noticias tal como las encontraba escritas. El error, pues, será de su fuente, desconocida para nosotros. Como Teognis se confunde a menudo con Teócrito, tal vez en las Siracusanas de éste se haya de buscar el origen de la equivocación. Hipótesis ciertamente poco verosímil, pero de errores más garrafales hay ejemplos en Suidas.

Isócrates cita a Hesíodo, Teognis y Focílides como los mejores maestros que se conocieron de la vida humana. Agrega que, no obstante esto, nadie se cuidaba de leerlos. Y después dice que si de los más grandes poetas se recogiesen las más hermosas sentencias, para aquellas en que mayor cuidado pusieron, la indiferencia de la gran mayoría sería igual.

Este pasaje sólo puede servir para demostrar que ya se tenía idea de florilegios, antologías, siloges. Las citas de Platón son tales que permiten creer (dice Fumagalli) que las sacase de la misma siloge actual.

Nada sabemos de Teognis. La misma fecha de su florecer dada por los antiguos (544), que sea conjetural no hay duda; mas sobre cuáles conjeturas se base, no sabemos. Los pasajes de la siloge con indicaciones biográficas no faltan. Pero nada sabiendo de su autenticidad, para nada pueden servir.

Vamos a traducir algunas églogas:

(7). «Cirno, preñada está la ciudad ahora, y me temo que no dé a luz alguien, que nos haga arrepentir de nuestra malaventurada prepotencia.

«Porque lo que es los ciudadanos aun son cuerdos; pero los jefes ya están a punto de caer en gran calamidad.»

(8). «Ninguna ciudad, Cirno, arruinaron jamás los buenos; mas cuando a los malos les da por hacer el prepotente, y corrompen al pueblo, y dan las sentencias según su interés y ambición, ten por cierto que aquella ciudad no estará mucho tiempo tranquila, ni si por el momento se hallase en gran quietud, cuando a los malvados son gratas las ganancias que vienen con daño del pueblo. Porque de éstas nacen las sediciones, y las matanzas de ciudadanos, y los tiranos. ¡Qué nunca de tales ganancias se complazca esta ciudad!»

(9). «Cirno, la ciudad es ésta todavía, pero otros son los ciudadanos. Los que antes ni tribunales conocían ni leyes, sino que gastaban pieles cabrunas ceñidas a las caderas, y allí en las afueras, lejos de la ciudad, pacían como ciervos; he aquí que son hoy los buenos, Polipaide; y los buenos de antaño hoy no cuentan para nada. ¿Quién puede aguantar semejante espectáculo? Se engañan los unos a los otros; se mofan los unos de los otros, y ninguna idea tienen ni del mal ni del bien. No te hagas, Polipaide, amigo de corazón de ninguno de tales ciudadanos, por razón ninguna; de palabras aparenta ser amigo de todos, pero no te unas a ninguno de ellos en cosa de alguna importancia. ¡Oh! No tardarás en conocer el alma de esos desdichados y cómo en su proceder no hay lealtad ninguna, sino que aman los fraudes, los engaños, las intrigas, como hombres ya desahuciados.»

*
**

Para la inteligencia de algunas expresiones, cual aquella de que *en las afueras de la ciudad pacían como ciervos* dicen que una nobleza (los *agathoi* de Teognis), que descendía parte de los habitantes antiguos, parte de los dorios, era dueña de Megara.

Hasta aquí no hay nada que decir. Pero Curtius agrega: «Esta nobleza poseía el territorio de la ciudad y todos los terrenos aptos para el cultivo, mientras el pueblo vivía esparcido por las montañas y a orillas del mar, en terrenos estériles, y sólo en los días de mercado se le permitía entrar en la ciudad para vender los productos de su industria, pero colocándose en un lugar determinado». Lo de colocarse en

un lugar determinado para vender los productos del campo, que parece cosa tan grave a Curtius, no significa sino que en Megara había ya un mercado. Mas un concepto tal de esta ciudad no corresponde en nada con la historia. Esta nos dice que Megara estaba antes dividida en cinco aldeas; diré mejor, el territorio del pequeño Estado,—que de él se trata. Estas aldeas eran independientes, y luchaban entre sí con tal dulzura y delicadeza que se hicieron proverbiales. Vemos después a Megara fundar colonias numerosas y más tarde luchar con Atenas. Mas este pueblo, dispersado por los montes y la orilla del mar, no es sino una pesadilla de Plutarco. El origen está en aquella gente de Teognis, sin jueces ni ley, que lejos de la ciudad pacen como ciervos.

Que vivieran en los montes de Megara pastores, es presumible. Mas que todo el pueblo fuese condenado a cultivar peñas y la arena del mar, es absurdo creerlo; y más aún suponer que pudiesen de tal labranza sacar algo para vender en la ciudad.

La pintura de Teognis no se aviene con los megarenses, pueblo civil; y más bien se ha de reconocer en ella a los naturales de Sicilia, que para los griegos eran salvajes, sin ley ni costumbres, y que gastaban pieles de cabra, como bestias en los montes.

Para Teognis *agathoi* «los buenos», no tiene significado moral sino raramente. «Buenos» son los *ricos y nobles*; «malos» los *plebeyos*.

De Megara dice que la ciudad es la misma; pero diversos los *moradores: laoi*. Esto implica algo más que el cambio de un orden de ciudadanos o de un partido en el poder.

Pero si se trata de Megara Hiblea, en Sicilia, todo se aclara. Muchos sicilianos vivían con los griegos en la ciudad; y que algunos prevaleciesen por sus riquezas y lograran ejercer el dominio, no ha de extrañar.

*
**

(10). «Nunca, Cirno, fiándote de hombre malo, consultes con él, cuando quieras llevar a cabo algo de importancia: mas consulta al bueno, yendo tras él, aunque mucho te hayas de cansar y recorrer, Cirno, a pie un largo camino.»

«Confía en pocos, cuando eches mano a negocios de importancia, si no quieres, Cirno, que te alcance algún día un daño irremediable.»

«Un hombre leal merece ser estimado tanto como el oro y la plata, Cirno, en una grave discusión.»

«Pocos encontrarás, Polipaide, entre tus compañeros, que sean fieles en el momento del peligro; y que unánimes no rehusen participar en tu desgracia, como antes en tu buena suerte.»

«O ámame con sincero corazón, o, renegado de mí, ódiame; y combáteme abiertamente. Aquel que no teniendo sino una lengua, tiene dos almas, este es compañero peligroso, Cirno, y mejor es ser su enemigo que su amigo.»

«Nadie se persuada de amar a un hombre malo, Cirno. ¿De qué sirve la amistad de un mal sujeto? No te sacará él de un mal paso, o de apuros; ni, si tiene plata, querrá darte a tí parte de ella.»

«Nada más difícil de conocer que el hombre falso, Cirno; no hay nada de que debemos guardarnos con mayor cuidado.»

«La falsificación del oro y de la plata es mal tolerable, Cirno; y es fácil para el hombre práctico descubrirla. Mas si en el pecho de un amigo se esconde una mente falsa; si tiene en el pecho un corazón engañoso, ésta es la mayor falsificación, que hizo Dios entre los hombres, y el descubrirlo es el más grave de los dolores.»

«Porque no puedes conocer la mente de un hombre o de una mujer sin haberlos antes experimentado, lo mismo como de un caballo de tiro; ni podrás argüirlo creyendo haber llegado en el momento oportuno; porque a menudo las apariencias engañan.»

(El penúltimo verso es de dudosa interpretación. Muchos toman *órion*, con espíritu dulce, y vale *mañana*; y traducen: *ni podrás adivinarla volviendo mañana*; y es, cierto, interpretación falsa, porque hace caso omiso de las palabras: *ósper poto: como precisamente...* Con *hórion* un sentido se saca: *ni podrás adivinarla como si hubieses llegado en el momento oportuno.*)

«No te augures, Polipaide, sobresalir ni en valor ni en ri-

queza; tenga uno suerte, y basta.»

«No hay nada entre los hombres que valga más que el padre y la madre, para cuantos aprecian, Cirno, la piedad y la justicia.

«Nadie, Cirno, es autor de su buena o mala parte; son los Dioses los que dan una y otra. Nadie trabaja sabiendo si llegará a bueno o a mal término. A menudo le parece a uno que se equivocará, y lo ha acertado; y creyendo que acertará se ha equivocado. A nadie le sucede todo lo que quisiera: que los términos de una dificultad insuperable lo impiden. Vanamente pensamos nosotros los hombres, nada sabiendo; mas los Dioses todo lo llevan a cabo según su pensamiento.

«Nadie engaña jamás, Polipaide, o al huésped o al suplicante, sin que lo sepan los inmortales

«Prefiere ser piadoso y vivir sin gran riqueza, a llegar a ser rico con malos medios. En la justicia se unen y resumen todas las virtudes; y enteramente bueno es uno, Cirno, siendo justo.

«Las riquezas las concede Dios también al hombre más perverso, Cirno; pero a pocos es dado participar de la virtud.»

*

Estos trozos bastan para dar idea del poeta. Vemos aquí dos versos de Solón, naturalmente sin el vocativo *Cirno*. Sentencias de Solón se encuentran también en los trozos que hemos traducido; pero la forma está enteramente cambiada.

Estos versos de Solón, los primeros que encontramos, están modificados en algo. Dice Clemente Alejandrino que de propósito los corrigió Teognis. Mas sabemos que los citaba de memoria, y como los había aprendido cuando muchacho.

*

«No pronuncies jamás, Cirno, palabra orgullosa, porque nadie sabe lo que le traerá la noche y el día.»

Signen seis églogas sin sello. Muchas ideas análogas las encontramos en los versos 65 y siguientes de la 9ª. elegía de

Solón. He aquí lo que opinaba Teognis de la pobreza:

«La miseria es lo que más abate al hombre honrado, ¡oh! mucho más que la cana vejez, Cirno, y que la fiebre; y huirla debe uno, aun arrojándose, Cirno, desde peñas inaccesibles, a las profundidades del mar. Porque todo hombre acosado por la indigencia no puede ni decir ni hacer nada; y tiene atada la lengua.»

«Hay que buscar al mismo tiempo, y por la tierra, y por la vasta superficie del mar, el modo, Cirno, de libertarse de la indigencia.»

«Morir, amigo Cirno, vale más para el pobre que vivir consumido por las asperezas de la miseria.»

El trozo que sigue es citado por Jenofonte, dice Estobeo, o por Antístenes, opinan los modernos. Está precedido por estas palabras: *he oân... arkhé tês poiéseos.*

Crean pues, algunos que el poema empezara por estos versos, interpretándolos: *el principio... del poema.* Pero una cosa es *poesía* y otra distinta *poema.* *El principio de la filosofía de Aristóteles* es que no existe nada, fuera de lo individual: no quiere significar el principio de las obras filosóficas de Aristóteles.

Dice, pues, Antístenes, que en sus poesías Teognis trataba de los vicios y virtudes de los hombres, como un conocedor de caballos trataría de ellos escribiendo sobre el arte ecuestre.

«Machos cabrios y burros buscamos, Cirno, y caballos de buena raza; y se elige para la cría entre los buenos; pero casarse con una mujer mala e hija de padre malo, nada le importa al bueno, ¡con tal que le traiga mucha plata.

«Ni la mujer rehusa ser esposa de un hombre malo, pero rico; más prefiere el rico al bueno. Lo que se precisa es la plata; el noble se casa con la hija de un villano, el villano con la hija de un noble. La riqueza mezcló la raza. Por eso no te extrañe, Polipaide, que la estirpe de los ciudadanos degenerare, puesto que se mezclan los buenos y los malos.»

Después de una égloga que tiene visos de ser de Solón, encontramos:

«Cirno, con todos los amigos cambia y varía las costumbres,

adaptándolas a las que tiene cada cual.»

«Ten la naturaleza compleja del pulpo, el cual a la piedra a la que se adhiere, se muestra igual, a la vista; y seas cuándo de éste, cuándo de aquel color; que más vale la prudencia que la inmovilidad.»

Vico, hablando del llamado *carácter*, observa que la recta es la línea de la muerte; y que la virtud que ha de guiar al hombre en la vida es la prudencia. Para el cazador es cómodo que la liebre no se mueva; más en antiguo se daban los preceptos en interés de la liebre, y no del cazador.

Siguen dos églogas; la segunda es de Solón:

«Aun siendo fortaleza y torre del pueblo vano, Cirno, sin embargo el hombre bueno poca honra consigue.»

«No tenemos viso de gente salvada, sino de ciudad, Cirno, en peligro de ser tomada.»

Sigue otra égloga: disputan si es o no es una elegía entera. Se ha visto que todos los trozos traducidos son enteros, como si perteneciesen a una colección de pensamientos:

«Te dí yo las alas con las cuales sobre el mar inmenso volarás y sobre toda la tierra, alzándote con facilidad. «En todas las cenas y convites estarás presente, puesto en los labios de muchos. Y a ti al son de las atipladas flautas, los adolescentes comidos y amantes con clara y aguda voz te cantarán; y cuando bajo la bóveda de la tierra oscura hayas descendido a las casas de Hades llenas de gemidos, nunca jamás ni muerto perderás tu gloria, mas siempre serás caro a los hombres, teniendo nombre inmortal, Cirno, llevado por la Grecia y por las islas allende el mar abundante en peces y estéril; no sentado en el lomo de caballos, pero te conducirán los dones espléndidos de las Musas coronadas de violetas. Y de todos cuantos aman el canto, también en el porvenir serás conocido mientras duren la tierra y el cielo. «Y no obstante eso yo no he recibido de tí la menor prueba de respeto, y me pagas con charlas como si fuera un chiquillo.»

Notaremos que dice «volarás sobre el mar y sobre la tierra toda» y que se le presenta primero a la mente el mar y después la «tierra toda», esto es, el continente; lo que de-

muestra que Teognis vivía en una isla.

Dice que Cirno, es decir su nombre, será celebrado en todos los festines, y esto demuestra que las elegías fueron compuestas para cantarse de sobremesa, y que por lo tanto, la colección de trozos simposíacos o breves elegías que seguiría, según Cursio, al verso 257, se remonta tal vez a Teognis.

Estos versos tienen visos de ser un final. Quizás terminase allí la primera parte. Un cierto orden no falta; todas las primeras églogas, hasta el verso 132, tratan más o menos de la elección de los amigos; los que siguen hablan del poder de los dioses y de la fortuna, y la conducta que sugieren, y luego pasa a hablar de las riquezas, de los males que producen, y de la prudencia.

Siguen once fragmentos y luego un dístico que lleva el nombre de Cirno:

«Nadie quiere ser amigo del hombre a quién sobreviene una desgracia, ni si, Cirno, ha nacido del mismo vientre.»

Las once églogas que preceden este dístico no tienen relación ninguna entre sí. Después de otras seis églogas, una de las cuales de Solón, vuelve a menudo el nombre de Cirno:

«Cirno, el hombre bueno siempre tiene inmutable su pensamiento y no se conmueve ni en las desgracias ni en la buena suerte; pero si un dios a un hombre malo le da de vivir y riqueza, en su exaltación no puede refrenar su maldad.»

«No renuncies, Cirno, por motivo ligero a un amigo, prestando fe a pérdidas calumnias. Si uno se indignara por todos los errores de los amigos, no habría personas en armonía entre sí y amigas. Porque los errores son inseparables de los mortales; sólo los dioses no los toleran.»

En vez de *theoi* probablemente había un *déou*: «y les toca soportarlas aun de mala gana.»

«Aunque tarde, uno, si es prudente, alcanza al veloz a quien persigue, Cirno, favorecido por la recta justicia de los dioses.»

«Tranquilo como yo, anda por el camino del medio, Cirno, y no des a los unos lo que es de los otros.»

«No ames al desterrado esperando algo de él, Cirno, porque repatriado ya no es el mismo.»

Se empieza a ver algo aquí del destierro, al que se supone haber sido condenado Teognis por los proletarios cuando se apoderaron de la ciudad. El destierro es indispensable para todos aquellos que hacen a Teognis natural de Megara Atica y ciudadano honorario de Megara Hiblea.

Cierto que Teognis fué desgraciado; tenía muchos enemigos, pues dice que le parecería ser un dios ante los hombres si lograra vengarse antes de morir.

Los dos fragmentos que siguen a éste y que respiran una ferocidad bestial, pues llega hasta manifestar el deseo de beber la sangre negra de sus enemigos, no tienen el sello.

«Ten valor, Cirno, en los males, puesto que también has gozado de bienes cuando le plugo al destino que tuvieras también éstos; y como después de los bienes has tenido una desgracia, asimismo procura de nuevo libertarte rogando a los dioses. No hagas alarde de ella; porque, Cirno, ostentando la desdicha, pocos tendrás que te hagan caso.»

«Se le encoge a uno el corazón en la desgracia; pero si se venga, se le vuelve a ensanchar.»

Después de tres églogas encontramos este dístico; «No me aguijonees con fuerza, empujándome de mala gana bajo el yugo, Cirno, y atrayéndome a toda costa al amor.» Estos versos son parte de no sé qué historia del amor de Cirno, que parece bosquejarse en los fragmentos. Se ha visto que se queja de que Cirno no hacía caso de él, a pesar de la gloria que le había dado. Vemos que encomienda luego a Cirno no se deshaga de un amigo por cualquier pretexto. Siguen consuelos que parecen aludir a alguna desgracia de Cirno. No insisto, ni vale la pena insistir, pues estas historias son como los cuadros que a menudo le parece a uno ver en las manchas de la pared.

Las siete églogas que siguen son notables por su contenido, pero no hay *el sello*. De ser de Teognis, serían alusión a su desgracia: según se echa de ver, había perdido sus bienes.

«No dejarás a tus hijos tesoro mejor, Cirno, que el respeto que acompaña al hombre honrado.

«A mí me parece que no vale menos que ningún otro un compañero, Cirno, que tenga cordura y poder.»

Algunos de los veinte y nueve trozos que siguen son notables por la extensión y también por su hermosura. Uno hay que era dirigido a un tal Simónides: contiene el verso citado de Aristóteles como de Eveno y de Eveno algunos pretenden ser toda la elegía. Esta égloga no dice más de lo que se lee en el fragmento de Panfasis sobre el vino, o en la elegía de Jenófanes. En todos estos trozos no se deja de recomendar la prudencia en el hablar y el peligro que el beber demasiado haga cometer o decir cosa de la que después uno se haya de arrepentir.

Otro trozo está dedicado a Onomácrita, mas no sabemos si sea el poeta de la corte de Pisistrato.

Otro está dirigido a Clearisto y es el más hermoso. Las sentencias expresadas en un solo dístico menudean:

«Este hombre, Cirno, se fabrica a sí mismo las grillos, si los dioses no me engañan.»

Quien sea el tal hombre, no sabemos. Al parecer es un caudillo que por su propia imprudencia corre peligro de arruinarse.

«Temo, Polipaide, que el mismo furor que perdió a los Centauros envidiosos pierda a esta ciudad.» Es alusión a luchas intestinas.

«Cirno, he de juzgar en este caso a cordel y a escuadra, y dar su parte a los unos y a los otros.»

Una amenaza a la ciudad se lee en los siguientes versos:

«El mudo heraldo despierta la lacrimosa guerra, Cirno, dejándose ver desde la alta atalaya. Pon el freno a los caballos veloces: me parece que habrá un encuentro con los enemigos. Y no distan mucho, y recorrerán la distancia, a menos que los dioses dejen que me engañe en mi opinión.»

No se trata de ningún reconocimiento, según opina Cursio: se trata de preparar los caballos para un encuentro con los enemigos ya avistados desde la atalaya. El mudo heraldo es el polvo: Los enemigos ya están cerca, dice, y recorrerán el corto intervalo que los separa. Los que recorrieran el intervalo, son los enemigos y no Cirno.

De aquí deduce Beloch que Teognis era de Megara Hiblea, porque Megara Atica no tuvo caballería hasta fines del siglo V.

¡Es para rechazar este argumento, por lo que se quiere obligar al poeta a hablar de una exploración! ¿Qué necesidad de explorar si ya el polvo anuncia a los enemigos, si ya están cerca? Pretendemos ver en estos versos una alusión a la expedición de la caballería persa contra Megara, indicada por Heródoto.

Siguen 29 trozos, casi todos de un solo distico. Estos fragmentos, que no se traducen, tienen su importancia, algunos sobre todo, y se encuentran citados para establecer el modo de pensar del tiempo. Por ejemplo, el que en seguida transcribiré, demuestra que la creencia en la inmortalidad del alma no era sino de pocos. Era opinión tradicional a la cual no respondía ya el sentimiento de nadie. Esta misma indiferencia la encontramos en Simónides.

No es éste el lugar oportuno para tratar este asunto; sin embargo, puesto que se presenta la ocasión, quiero hacer resaltar una idea en que pocos reparan.

El alma que se creía inmortal, era para los antiguos aquel principio que en nosotros siente, quiere y piensa: lo que anima el cuerpo. Este era para los antiguos el *thumós*, y se extinguía con el cuerpo. Pero en nosotros había además un *genio*, el cual de día estaba encogido y como invisible en la luz del *thumós*, y dominaba de noche en los sueños dándonos avisos oportunos, o también en la embriaguez al ofuscarse el sentimiento de la propia personalidad. Este genio es el que se creía inmortal y se adoraba. Los filósofos fundieron estas dos almas en una sola, de donde vino el concepto actual de alma.

«Gozo de mi juventud y me divierto: porque con el tiempo, perdiendo la vida yaceré bajo la tierra mudo como una piedra y tendré que abandonar la dulce luz del sol; y por más bueno que haya sido ya no veré nada.»

Este fragmento lo creen de Mimnermo. A Calino atribuyen este: «Las obras y violencias que perdieron a Magnesia, son las mismas que dominan hoy en esta ciudad.»

«El que no tiene, Cirno, la mente mejor que el deseo, siempre se halla en apuros y en grande perplejidad.»

Después de otros nueve trozos más, encontramos: «Tenga yo buena suerte y sea caro a los dioses, Cirno, y no deseo ninguna otra virtud.»

«Contigo, si estás mal, todos, Cirno, padecemos, pero en ti el dolor para los males ajenos dura un día.»

Las 23 églogas que siguen nos llevan al verso 805. Son casi todas de extensión notable, dos constan de 20 versos. Se vuelve a tratar el llamado problema del mal. Aquí caen los trozos en que se habla de los Medos, etc., y los versos en que se alude a los presuntos viajes de Teognis:

«Fui yo un tiempo a Sicilia también y a la llanura vinífera de Eubea y a Esparta, la gloriosa ciudad del Eurotas rico en cañaverales, y todos me hicieron la más alegre acogida, pero ningún placer mi corazón experimentaba, tan cierto es que no hay nada más caro que la patria.»

No sabemos qué pensar: no llevando estos versos el sello, no podemos aplicarlos al poeta.

Los dísticos 805-810 que encontramos con el sello, habría sin duda que unirlos a los versos 543-586.

«Cosa padecí indigna, no peor que la muerte, pero, Cirno, más dolorosa que todas las demás: Los amigos me hicieron traición, y ahora yo debo acercarme a los enemigos para saber qué es lo que piensan.»

«Cirno, lo que es destino sufrir no es dable evitar; lo que es destino sufrir por tanto no temo sufrir.»

«Hemos caído en una desgracia execrable, Cirno, en la que la muerte nos debería llevar a ambos.»

Después de tres fragmentos: «Todo se ha ido a los cuervos, todo está en ruína, y ninguno de los inmortales dioses bienaventurados, Cirno, tiene de ello la culpa; la violencia, las malas ganancias, la prepotencia, son las que nos arrojaron de una gran felicidad a la miseria.»

Al verso 895 encontramos: «Nada mejor que el discernimiento tiene el hombre en sí, nada más deplorable que la insensatez.»

Al verso 1037: «Cosa muy grave es engañar al hombre bueno, Cirno, según yo pienso desde ya hace mucho.»

Dejando otros escasos fragmentos que, o son repeticiones, o son de poca monta, vamos a los versos 1196 y siguientes:

«Oí, Polipaide, la voz del ave que agradablemente grita, del ave que viene a los mortales nuncia del tiempo oportuno para arar, y me hizo dar un vuelco al corazón, pensando que mis florecientes campos otros los poseen y que las mulas arrastran la reja del arado, pero no para mí; y todo a consecuencia de aquella desgraciada navegación».

La causa de las desgracias del poeta y de la pérdida de sus bienes, aquí la tenemos: fué por lo tanto «una navegación desgraciada»; no un viaje del poeta, esto no es necesario suponerlo. Pudo haberse asociado a alguna empresa mercantil que acabó mal.

Los últimos dos dísticos llevan el sello. El último dice: «Difícil es al enemigo engañar al enemigo. Cirno, pero fácil al amigo engañar el amigo».

Aquí termina la primera parte de la siloge. Se agregan unos cuatro dísticos más sacados, tres de Estobeo y uno de Ateneo: «Suele la razón (el razonar mucho) producir muchos errores a los mortales confundiendo el sano juicio».

«Nada más injusto que la ira, Cirno, que atormenta al que la tiene, halagando el alma con terribles imaginaciones».

«Nada más dulce, Cirno, que una buena mujer, yo soy testigo y selo tú de la verdad de lo que digo».

«Ya me llama a casa el marino cadáver, que muerto habla por boca viva». Este dístico lo trae Ateneo. El cadáver marino que muerto habla por viva boca, es la concha del tritón, que sería como una trompeta o bocina.

En cuanto a la segunda parte, sólo encontramos el nombre de Cirno en estos dos dísticos:

«Amargo y dulce es, difícil y fácil, Cirno, el amor para los jóvenes hasta que llega a su cumplimiento, y si logra cumplirse es dulce, pero si persigue sin lograr, esta es la mayor de las amarguras».

De los versos 543-546 resultaría que Teognis fué *Teoro*, esto es, avezado en consultar el oráculo, encargo que se confiaba a personas nobles. Más probable es que el encargo

fuese confiado a Cirno, al que enseñaba cuáles han de ser las diligencias de un *teoro*.

Una pequeña novela es la que Müller saca de dos fragmentos: Teognis pidió la mano de una doncella noble, que le fué rehusada. Esta, obligada por el padre, se casó con un rico plebeyo, pero una noche se fué a buscar a Teognis. Es que Müller atribuye a Teognis el dístico: «Odio a aquel palurdo de mi marido y vengo velada; mi mente es ligera como un pájaro».

Nada diré de los versos: Según el concepto que uno se forma de la poesía, serán más o menos poéticos. Teóricamente los dísticos están bien hechos, pero sabemos cuán poco la elegía se alejaba de la prosa. Con esta colección no podría, por cierto, la elegía griega presentarse a concurso con la latina:

Es que Mimnermo, el gran elegíaco griego, se ha perdido.

FRANCISCO CAPELLO